

Jelica A. Veljović¹
Universidad de Kragujevac
Facultad de Filología y Artes
Departamento de Estudios Hispánicos

IDENTIDADES SINGULARES Y CUERPOS VIOLENTADOS EN LA LITERATURA ESPAÑOLA DE LA POSGUERRA: *TIEMPO DE SILENCIO* Y *SEÑAS DE IDENTIDAD*

El objetivo del presente trabajo es analizar el fenómeno de la identidad de los protagonistas de las novelas españolas de posguerra: *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos y *Señas de identidad* de Juan Goytisolo. El análisis de la identidad de selectos protagonistas partirá de la perspectiva posestructuralista desde la que la identidad se interpreta como un constructo simbólico y social, para mostrar luego que está regida y construida por los mecanismos de la dictadura franquista que en sí implica la violencia institucionalizada. De este modo, el presente análisis demostrará cómo los escritores de posguerra crearon sus protagonistas como reflejos de los mecanismos, comportamientos y discursos violentos de la época franquista, que así se acercan a los conceptos de la identidad singular e identidad asesina, porque en sí comprenden los conflictos político-sociales, miseria ética, divisiones ideológicas y jerarquía social basada en la incompreensión, silencio y terror legítimo.

Palabras clave: posguerra, identidad, violencia, identidades asesinas, identidades singulares, cuerpo

IDENTIDAD – ESTRATEGIA: «IDENTIDAD ASESINA»

La historia de la humanidad nos enseña que está repleta de conflictos tanto externos como internos, causados por mecanismos y estructuras de poder que influyen en los colectivos sociales (estados, naciones, comunidades etc.) e individuos que forman parte de éstos. Uno de los puntos cruciales de estos conflictos es la identidad, que según Halpern (2009: 26) y Bayar (2009: 388) es una estrategia ideológica y constructo histórico. De ahí es posible observar la identidad como una categoría filosófica y social vacía y disponible para llenar de contenido simbólico e ideológico relevante para un período y lugar histórico. Este proceso es casi siempre guiado por los discursos que se distribuyen en una sociedad, junto con los conocimientos y verdades que tienden a propugnar, por lo que Hall (2011: 15–20) apunta que la identidad es también un constructo discursivo. Son muchos los teóricos que resaltaron estos rasgos del fenómeno de la identidad, subrayando la importancia de la otredad en su construcción. Así por ejemplo Slavoj Žižek (1989: 116) pone de

1 jelica.veljovic@filum.kg.ac.rs

relieve, siguiendo la teoría psicoanalítica de Jacques Lacan, que el sujeto tiene que identificarse con el otro, compuesto de una multitud de significantes, aunque esto supone que el sujeto tenga que alienarse de sí mismo. Esta reflexión en las ideas, principios y postulados de diferentes grupos o estructuras sociales es precisamente lo que convierte la identidad en una estructura fácilmente manejable en cuanto a la. Estos reflejos en los grandes «Otros», en palabras de Lacan, son la base imprescindible de cada identidad y personalidad que esta construye. Siguiendo a esta línea del razonamiento sobre la identidad, parece inevitable la conclusión de Edmond Marc (2009: 48) que diferentes modelos de la otredad son como el otro Yo, puesto que funcionan como espejos que cada uno necesita para reconocerse a sí mismo.

Aunque la otredad implica una gama de diferentes estructuras – personas, creencias, comportamientos, valores, culturas etc. – cabe señalar que también el estado con sus aparatos e ideología correspondientes puede asumir el papel del gran Otro, esencial en cuanto a la constitución de cada individuo y su identidad. Esta idea encontramos indicada en la obra de Louis Althusser (2003: 26), quien destacó que «todo el aparato de estado, sea represivo o ideológico, ‘funciona’ a la vez mediante la violencia e ideología, pero con una diferencia muy importante que impide confundir los aparatos ideológicos de estado con el aparato (represivo) de estado». Al resaltar la violencia e ideología como recursos específicos de las estructuras en poder, parece inevitable relacionarlos con la identidad de cada individuo que forma parte de este tipo de comunidades, o sea, estados. Sin embargo, la violencia entrelazada con el sistema de estado parece ser la más opaca, puesto que se justifica y forma parte de un razonamiento y necesidad general, negándose a sí misma como violencia. En ese sentido Paul Ricouer (1998: 31–36) argumenta que incluso la ley reside en la violencia, pero la violencia que se había «codeado» con las demás y habló en el lenguaje del valor y honor, posicionándose en la órbita de la razón. Así podemos ponernos la siguiente pregunta: ¿podría la violencia institucionalizada llegar a formar parte del razonamiento de los individuos a través de la influencia de aparatos de estados en la formación de sus identidades?

Partimos de la idea del papel decisivo del Otro, manipulativo y estratégico, en la cadena de los acontecimientos inverosímiles e inhumanos, para llegar a la noción de la humanidad como lo vieron Maurice Merleau-Ponty o Jean-Luc Nancy. Merleau-Ponty (1986: 183) estudió la historia de la humanidad como una historia de terror, resaltando que el modelo humanista, que nos modeló como seres humanos miembros de nuestras comunidades, no sólo tolera sino permite e institucionaliza la violencia. Esto lo confirmó luego Nancy (2000: 32) presentando la historia de humanismo como un escenario de conflictos sangrientos basados en la noción de identidad, abogando a la vez por la necesidad de confirmar la complejidad interna de la identidad de un sujeto, por ser repleto de varios «Otros» y de esta pluralidad identitaria. Una buena pauta para averiguar estas tesis podría ser el análisis de identidades de los individuos formados en las épocas tormentosas de dictadura y autocracia,

regidas por fuertes aparatos de estados represivos que suscitaban sentimientos de miedo y sumisión y tendían a crear la concepción tribal de la identidad.

¿Cuál es el enlace entre la identidad y terror, o entre el individuo y violencia que provoca? Es evidente que cada individuo busca ser reconocido dentro de un grupo o dentro de un paradigma de símbolos, que luego lo afirma como individuo. Sin embargo, en los estados o comunidades que cuentan con identidades singulares, o sea, reducen la identidad conduciéndola hacia una raza, género, lenguaje o/y religión, puede desarrollarse la «concepción tribal» de la identidad que luego fácilmente se transforma en un agente deshumanizado (Maalouf 2012: 44). La identidad singular y reduccionista puede considerarse como la identidad basada en una ideología que claramente favorece y privilegia un paradigma de símbolos selectos, tal y como pasa en los estados autoritarios. Es precisamente aquí donde radica el peligro. Las identidades singulares así desviadas, Amin Maalouf, escritor, periodista y sociólogo franco-libanés, denomina con el concepto de «identidades asesinas», expresión que «reduce la identidad a la pertenencia a una sola cosa, instala a los hombres en una actitud parcial, sectaria, intolerante, dominadora, a veces suicida, y los transforma a menudo en gentes que matan o en partidarios de los que lo hacen» (Maalouf 2012: 40). No fue Maalouf el único que habló de las identidades singulares como base fértil para crecimiento de identidades asesinas. En su libro titulado *Identidad y violencia: la ilusión del destino*, Amartya Sen (2007: 11, 27) apunta que la violencia se fomenta «cuando se cultiva el sentimiento de que tenemos una identidad supuestamente única, inevitable – con frecuencia beligerante» que luego él mismo designa como la «ilusión de la singularidad identitaria, que implica la clasificación de la gente en casilleros de civilizaciones dispares». Ambos autores argumentan la singularidad identitaria como potencialmente asesina con ejemplos de conflictos mundiales basados en diferencias o represión ideológicas². Por lo tanto, intentaremos explicar cómo está representado en la literatura el sistema estatal que plantea una ideología singular, excluyente, monolítica y unívoca, y de este modo produce sujetos aptos para la violencia, justificada por la necesidad y exigencia de identificación con ese estado. En este caso, habría que considerar la violencia basada tanto en los hechos y acciones, como en el silencio u omisión.

Podría considerarse que el campo adecuado para la investigación de identidades singulares y asesinas es cada espacio atormentado por la dictadura, autocracia e ideología unívoca. Uno de estos espacios fue vigente en España después de la Guerra civil, con las décadas del gobierno franquista, la figura del gran caudillo Francisco Franco y sus aparatos de ideología nacionalcatólica.

2 Ver: A. Maalouf, cap. «Cuando la modernidad viene del mundo del Otro», 59–97; A. Sen, cap. «Filiaciones religiosas e historia musulmana», 91–120; cap. «Occidente y antioccidente», 121–144.

IDENTIDAD DURANTE EL FRANQUISMO: ENTRE VIOLENCIA Y SOBREVIVENCIA

Se considera que Guerra civil española fue consecuencia de la gran oposición ideológica que dividía todos los estratos de la sociedad española a lo largo de los siglos. Una serie de los cambios políticos, sociales, económicos y culturales – del sistema monárquico al sistema republicano y liberal, del conservadurismo al positivismo científico, del laicismo eclesiástico al secularismo y de la tradición al progreso modernista industrial – causó en España una atmósfera especialmente tensa en el siglo XIX, cuyo punto culminante eran las Guerras carlistas (Bajo Álvarez, Pecharromán 2003: 179). Algunos historiadores como José Luis Abellán y Rafael Abella hablan de la existencia de «las dos Españas» desde la Guerra de la independencia española de 1808 y la Restauración borbónica. El concepto de dos Españas refleja la división de la sociedad española en dos corrientes: la tradicionalista, que apoyaba la monarquía, la ideología conservadora y absolutista, y la corriente liberal, que se preocupaba por modernizar el país, secularización de la cultura, ilustración y sistema económico igualitario. Esta división provocó la destrucción de la unión ideológica de la sociedad, lo que creó el continuo juego de luces y sombras en la historia moderna de España y una continua elección entre dos posiciones y sistema de valores opuestos (Abellán 2008: 272, 362). En este panorama histórico, la república española es considerada como la heredera de la corriente liberal del siglo XIX y como un camino racional para resolver los problemas de los mitos irracionales de la corona y el altar (Abella 2004: 567). Se estima que el punto de culminación de esta división política y social, del conflicto ideológico y juego de poder entre los valores monárquicos y republicanos es precisamente la Guerra civil del 1936 (Abella 2004: 13–15). Lo acontecido después del final de la Guerra civil en 1939 fue la prueba más obvia y palpable de esta división y atmósfera tensa – la dictadura de Francisco Franco.

Al obtener el control total del país, Franco impuso un despotismo severo, que a la misma vez requería la constitución de la nueva identidad colectiva de españoles, que consistiría tanto en rechazo del legado liberal y republicano de la historia y cultura de España, como en revalorización de los principios tradicionales conservadores, laicos y monárquicos (Monleón 1995: 6). Asimismo se recurrió al adoctrinamiento ideológico íntegro de la nación. Monleón (1995: 8–10) observa que la posguerra inmediatamente llevó a una imposición del unitarismo ideológico de la nación, que distorsionaba la realidad y verdad a través de un discurso oficial franquista que abarcaba los aspectos sociales, económicos y espirituales de la nación. Por otro lado, la negación, cuestionamiento o alejamiento de lo oficialmente propagado por el gobierno, fue considerado hostil y sometido a un aparato estatal de represión: la muerte, el silencio, el exilio, la cárcel y la exclusión (Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas, Zavala 2000: 377–378), con lo que la violencia sirvió de fuente de legitimación del poder de Franco, como apunta García (2009: 146).

La ideología franquista fue esencialmente basada en el nacionalcatolicismo que significa: el empleo de las doctrinas católicas como un capital simbólico

transmitido a la política; establecimiento de la identidad española a través del imaginario y símbolos eclesiásticos; soberanía de Franco que reside en los principios de la Iglesia y en la tradición e ideología de los Reyes Católicos y místicos medievales; las ideas de monismo lingüístico, cultural y étnico (Viestenz 2014: 4–7). Hablando del fomento de esta nueva identidad nacional en su estudio sobre la labor del aparato de propaganda, Cabo Romero destacó que los aparatos de propaganda oficial se esforzaron en la compactación de una mitificada comunidad nacional nacida del esfuerzo de la guerra, por lo que la guerra misma se identificó como «la última Cruzada» (Cabo Romero 2008: 144) y en términos religiosos: como un sacrificio necesario para el triunfo del bien, como también recalca García (2009: 170). En ese sentido, todas las pérdidas, víctimas y daño se revalorizaron como necesarios para «la regeneración de la raza hispana» y «refundación nacional» (Cabo Romero 2008: 121, 137), lo que puede denominarse simplemente justificación de la violencia. El mismo autor añade que esto se puede deducir de los discursos franquistas oficiales, basados en el lenguaje impregnado de la «exaltación divinizadora de la violencia, satanización del enemigo y sacralización de la guerra» (Cabo Romero 2008: 136). Así es como también se invocaba la necesidad de extirpar los elementos políticos contaminantes de las esencias raciales sobre las que descansaba la denominada «pureza de la Nación» (Cabo Romero 2008: 145). Con estas argumentaciones se muestra que el franquismo legitimó la violencia descomunal como un recurso regenerador y exterminador hacia los oponentes ideológicos.

Sevillano Calero (2003: 167) nota que esta legitimación e institucionalización de la violencia llegaron a formar parte de la vida común de cada individuo de la sociedad de posguerra, causando al final el consenso de la gente y su acomodación a estas condiciones como un método por sobrevivir. Todo esto condujo a la creación de un estado de individuos sumisos y controlados, cuyas identidades estaban repletas de terror de la ideología gobernante – franquista, excluyente de lo que de esta se apartaba y diferenciaba, y muy clara en cuanto a las imágenes y símbolos que podían servir de espejo identitario. De todo esto podemos deducir que el franquismo conscientemente tendía a adoctrinar una nación en dirección a las identidades singulares, tal y como lo definieron Maalouf y Sen, porque buscaba una identidad basada en la uniformidad étnica, lingüística y religiosa, que fue políticamente monolítica y defensora de valores franquistas, siendo en eso activa o silenciosa y sumisa. Por otro lado, requería también una relación hostil y «asesino» hacia todos los que no se ajustaban a este modelo identitario, excluyéndolos de la sociedad y conduciéndolos hacia muerte. Volviendo al concepto de las identidades asesinas, Maalouf (2012: 42–43) ha advertido sobre la facilidad de este deslizamiento puesto que «nunca se sabe dónde acaba la legítima afirmación de la identidad y dónde se empieza a invadir los derechos de los demás», con lo que se confirma que una identidad singular y legítima o deseada, puede fácilmente llegar a ser un «instrumento de guerra» (Maalouf 2012: 44). A esto podría agregarse que Sen (2007: 24) tiene la misma opinión, observando que «la violencia se fomenta mediante la imposición de identidades singulares y beligerantes en gente crédula, embanderada

detrás de eximios artífices del terror». De todos modos parece innegable que la obligación o exigencia de una ilusión identitaria impone un costo considerablemente alto en cuanto a la vida de los hombres.

Todas las consecuencias traumáticas que la dictadura franquista causaba, tuvieron su reflejo directo o indirecto en los textos y la narrativa de ese tiempo. Sanz Villanueva (1994: 19) destaca que la Guerra civil fue un punto referente y coordinada de la literatura española del siglo XX. Podemos decir que la violencia como un recuerdo de la guerra, pero también la violencia sistemática después de la guerra presente diaria y silenciosamente, fue recreada en la narrativa de posguerra inmediata, mediante los personajes desorientados, inseguros, dispersos y deshumanizados. Este es el papel que cumplieron el tremendismo y existencialismo como primeros acercamientos verosímiles a la realidad y al hombre de la posguerra española. Las escenas de la violencia y terror, casos patológicos y personajes opacos son típico de tremendismo, que así pintaba la cotidianidad española de la época (Guillermo, Hernández 1971: 13–15). Por otro lado, la literatura existencialista compartía la misma necesidad de pintar la vida real, tratando los temas de alienación, vacío y náusea delante de la vida, con los personajes confusos, oprimidos, violentos, desarraigados y aislados (Sobejano 2005: 190–192; Sanz Villanueva 2010: 56–57). Las novelas que podrían destacarse de ambos grupos, escritas en las décadas de los 40 y los 50, son *La familia de Pascual Duarte* y *La colmena* de Camilo José Cela, *Nada* de Carmen Laforet, *El Jarama* de Sánchez Ferlosio y *El camino* de Miguel Delibes³.

La siguiente etapa de la novela española de la posguerra se relaciona con los denominados «niños de la guerra», que suponen un cambio de paradigma literario respecto a la mayor libertad de expresión, una narrativa escrita en clave del realismo crítico, tratando los temas de desorientación y diseminación de sujetos, y funcionando como denuncia y protesta en contra del régimen franquista (Rodríguez Cacho 2009: II 454). La narrativa de este grupo de escritores pertenece a la denominada novela social, que sirviendo a la libertad y lucha por la justicia social, comprenden literatura como un campo apropiado para su activismo y compromiso político (Sanz Villanueva, Sobejano 1999: 526–527; Rodríguez Cacho 2009: II 423). A este grupo de escritores pertenecen los que iniciarán también la renovación estilística y experimentalismo literario, y formarán una generación más innovadora en cuanto a la poética literaria – Generación del medio siglo⁴. Sin embargo, es sustancial destacar que estos son los autores que con más libertad y profundidad pintaron no sólo la realidad violenta directamente ligada con el régimen franquista sino la influencia

3 A esta primera línea de escritores de la narrativa de posguerra, de los años 40, podemos añadir escritores que se fueron al exilio por la dictadura y formaron la denominada «España peregrina», que aunque escribían una narrativa diferente de sus colegas en España, compartían su desacuerdo con la ideología gobernante: Ramón Gómez de la Serna, Ramón J. Sender, Max Aub, Francisco Ayala entre otros (Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas, Zavala 2000: 426–428; Martínez Cachero 1997: 522–534).

4 Los autores más destacados que pertenecen a esta generación son Luis Martín-Santos, Juan Benet, Juan Goytisolo, Juan Marsé, Ana María Matute, Carmen Martín Gaité, Ignacio Aldecoa y Juan García Hortelano.

que ésta tenía en el complejo tejido identitario de cada individuo y de la nación entera. Para novelas como *Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos, *Señas de identidad* y *Conde Don Julián* de Juan Goytisolo, *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes y *Últimas tardes con Teresa* de Juan Marsé, Sobejano destaca que se trata de la novela estructural, que pertenece al campo del realismo crítico. Es importante señalar que la novela estructural explora la estructura de la conciencia personal a través de la indagación en el contexto histórico, social, económico, político, religioso y artístico, con el que el personaje literario se enfrenta por el deseo de identificarse (Sobejano 2005: 396, 401). Al analizar las novelas estructurales, nos deberíamos acercar con más vigor al impacto que la ideología franquista tenía en la estructura identitaria de los individuos de la época, lo que reflejan los protagonistas como Pedro en *Tiempo de silencio* o Álvaro de *Señas de identidad*.

TIEMPO DE SILENCIO COMO METÁFORA DEL CUERPO Y ESPÍRITU VIOLENTADO

Publicación de la novela *Tiempo de silencio* en 1962 señaló un paso determinante en la modernización de la narrativa española del siglo XX. Su autor, Luis Martín-Santos, logró crear una novela experimentalista e innovadora por el uso de varias técnicas narrativas, perspectivismo de voces narrativas y renovado lenguaje poético. La trama de la novela abarca el año 1949, el período de posguerra inmediata, marcado por la depresión económica y hambre. El centro de la narración es el periplo urbano y académico de Pedro, un muchacho llegado de la provincia a Madrid para cumplir su sueño investigador: encontrar la cura para el cáncer y ganar el premio Nobel. Ese anhelo le lleva a buscar ayuda de Muecas y su familia que en casa cuidan las ratas necesarias para los experimentos. Así es como conoce el mundo de gente que vive al margen de sociedad y de civilización moderna, con el denominado inframundo de Madrid de la posguerra – el mundo de chabolas⁵. Además de encontrarse constantemente con la miseria y los fondos más bajos de la vida de hombres, Pedro parece chocarse contra todo el mundo: el estrato burgués de Madrid que conoce a través de su amigo Matías; el estrato intelectual y científico que conoce en el instituto donde realiza su proyecto de investigación; la clase media en la pensión donde reside; la burocracia a través de los representantes del ministerio, policía. De este modo Martín-Santos pintó la jerarquía completa de la sociedad madrileña franquista, y es ahí mismo, en la base principal de la novela, donde encontramos la oposición y el conflicto entre grandes aspiraciones intelectuales del joven y del entorno social que lo rodea. En este sentido cabe señalar que Madrid refleja metonímicamente el escenario histórico y

5 Hasta el comienzo de la década de los '50, llegaban a Madrid más de treinta miles personas por año por razones de hambre y falta de trabajo, doblando pronto el número de habitantes de la capital en los años '60. Estos migrantes de provincias vivían en las cuevas o en las chabolas que ellos mismos montaban en los afueros de la ciudad. Estos barrios de viviendas humildes faltaban en lo más básico en cuanto a las condiciones de vida, y sus habitantes pertenecían a la clase más pobre de la ciudad (Richards 2013: 223–225).

social de ese tiempo, y que habrá que interpretarlo como un comunidad social regida por las instituciones que sirven para vigilar y controlar a los individuos, en la que la identidad individual de cada uno se desprende delante de la represión de los aparatos de estado (Karanović 2015: 383).

Sin embargo, Martín-Santos va más allá de la simple pintura y denuncia de la sociedad que vive bajo la represión y vigilancia continuas del aparato de estado dictador. En su tratamiento de los mecanismos del control y adiestramiento de la sociedad madrileña, el autor también nos revela los mecanismos recónditos que rigen la libertad y voluntad de cada uno. Lo mismo expresa Pedro en una de sus reflexiones ebrias: «(...) una realidad persistente en la cual ellos ocupaban unas ciertas casillas como tornillos o como piezas metálicas de máquinas aunque renqueantes nunca del todo inmovilizadas (...)» (Martín-Santos 1985: 93). El joven protagonista de la novela sufre un desengaño personal profundo, seducido por maquinaria ideológica impalpable e imperceptible que en una noche le llevó a aprovecharse del cuerpo de la joven Dorita al regresar borracho a la pensión (aunque a esto fuera inspirado por su propia abuela), y pronto después testimoniar la muerte de otra joven, Florita, hija de su ayudante de las chabolas, que desangró por causa de un aborto practicado por su propio padre, mientras Pedro intentaba salvarla en vano y con instrumentos inadecuados. Desorientado entre dos cuerpos femeninos forzados y cosificados, Pedro termina en la cárcel erróneamente acusado por la muerte de la pobre Florita, aceptando el silencio como salvación, resignación como camino adelante y refugiándose en la inmovilidad, con todo el sentimiento de angustia y repugnancia ante la injusticia. Su resignación podría igualarse al conformismo requerido por el sistema represivo, que exige la sumisión a pesar de la conciencia de libertad y justicia que uno puede tener, y Pedro la expresa en sus monólogos internos en forma de torbellino reflexivo que se repite revelando continuidad de su lucha interna: «No pensar. No pensar. Mirar a la pared. Estarse pasando el tiempo, mirando a la pared. Sin pensar. No tienes que pensar, porque no puedes arreglar nada pensando. No. estás aquí quieto, tranquilo» (Martín-Santos 1985: 219), o más tarde: «Es cuestión de aprender a no pensar en nada, de fijar la mirada en la pared, de hacer otro dibujo con el hierrecito de zapato, un dibujo cualquiera (...) puedes hacer un dibujo distinto aunque siempre hayas dibujado mal» (Martín-Santos 1985: 221). En estas reflexiones podemos ver lo que Knutson (1998: 278–281) recalcó, que en la novela está fuertemente presente imaginería mecanicista como metáfora de una sociedad totalitarista que crea individuos sumisos como si fueran partes de su modelo, desempeñando cada uno su papel por separado y manteniendo la jerarquía del poder. Además, la elección de silenciamiento por parte de Pedro testimonia la necesidad de ajustarse a una identidad requerida y deseada del mecanismo oficial, pero al mismo tiempo denuncia la violencia latente ejecutada sobre el espíritu del hombre. A esto había que añadir la conclusión de Asunción Gómez (2016: 148), que destacó que Martín-Santos finalmente presentó una visión del pueblo español que encuentra su identidad genuina en la opresión, y parece que esto se evidencia a través de la secuencia

de reflexiones de Pedro en la cárcel, de la que será liberado gracias a la buena voluntad y testimonio de Ricarda – madre de la chica muerta.

Además, podemos observar la sociedad madrileña entera como si fuera un cuerpo nacional que se ajustó al reglamento opresivo de la dictadura y así terminó tanto violento como violentado. Así encontramos personajes cuyo espíritu termina por resignarse y entregarse a la maquinaria del estado, como en el caso de Pedro, pero también encontramos una serie de personajes femeninos cuyos cuerpos son silenciados y violentados por la ideología conservadora impuesta por el franquismo. No se trata únicamente de las jóvenes víctimas de la novela – Dora y Florita, sino también de Ricarda, madre de Florita y mujer de Muecas, y abuela de Dora, dueña de la pensión. En ese sentido es interesante destacar la conclusión de Pastor (2012: 170–172), que Martín-Santos trata el problema de violencia de géneros denunciando el machismo como parte de la cultura franquista a través de las biografías atormentadas de estas mujeres. Nos damos cuenta de que la abuela de Dora fue la víctima de constantes maltratos de su difunto marido, lo que causó traumas en su hija Dora, madre de Dorita, pero que luego por su parte Dorita es dirigida a seducir a Pedro como un marido potencial, con lo que Dorita sigue repitiendo los mismos modelos machistas: el de encontrar su finalidad en la entrega a un hombre. También nos damos cuenta del maltrato que Ricarda lleva sufriendo silenciosamente toda su vida por su marido Muecas, quien además forzó a su hija Florita a una relación incestuosa. Finalmente, su cuerpo desangrado y exánime por el aborto testimonia el silenciamiento de esta violación. Solo una mención de estas vidas y cuerpos atormentados femeninos nos deja con la impresión de que la novela entera aborda el tema de cuerpo cicatrizado y mutilado, cuya identidad fue dirigida únicamente al silencio y sumisión. El cuadro de un cuerpo encarcelado en destino trágico es trazado en reflexiones de Ricarda, poco antes de decidirse a decir la verdad sobre la muerte de su hija:

En el calabozo, este ser de tierra que no puede pensar, que no puede leer, que no sabe alternar, ve las imágenes lamentables de su vivir homogéneamente extendido a lo largo de los años, hambrientamente consumido, envueltas en el gemido automático que llena la celda y se esparce por los pasillos que es su desolación física por la muerte de la que había parido (...) (Martín-Santos 1985: 247)

Parece cierta la conclusión de Román y Ponce (2005: 109) que el cuerpo en un sentido más amplio denota un espacio sobre el que se ensaya la dinámica de violencia institucionalizada. A esto podríamos agregar que este espacio pasa metonímicamente del cuerpo femenino al cuerpo nacional, a la España entera que en este camino puede igualarse a los cuerpos femeninos oprimidos, silenciados, violentados y finalmente desangrados. Es así como Martín-Santos logró crear una imagen de la identidad franquista singular – exclusiva y rigurosamente monolítica – pero ambivalente: por una parte es la que participa y legítima la violencia, con acción (Muecas) u omisión y silencio (Pedro), pero también es la que sufre y padece bajo la rigidez de la maquinaria opresora, como en caso de los personajes femeninos.

En este sentido, Martín-Santos se acercó a los intelectuales españoles que buscaban la curación de España, tratándola como un cuerpo enfermo y haciéndole diagnósticos examinando su historia, lenguaje y arte, como los representantes del '98. Esto confirma el hecho de que la realidad española se describe en términos médicos. Sin embargo, hay una brecha definitiva entre este tipo de ideología y activismo intelectual, porque es precisamente esto lo que critica Martín-Santos. El autor denunció irónicamente, a través del protagonista, el miedo, silencio y conformismo de la intelectualidad nacional del tiempo (Pastor 2012: 188), que con su abstención también alimentó la singularidad identitaria de España de posguerra y su cultura franquista de violencia. Por lo tanto, podemos observar la novela *Tiempo de silencio* como un cuadro total de la creación y sustento de las identidades sumisas reducidas a singulares, que siempre están a punto de desviarse en la identidad asesina consciente o inconscientemente.

SEÑAS DE IDENTIDAD: VIOLENCIA EN LA RAÍZ DE IDENTIFICACIÓN

Varios críticos de la obra de Juan Goytisolo destacaron la importancia de la publicación de la novela *Señas de identidad* tanto para la futura proyección de su obra, como para la comprensión de su poética literaria. La novela se publicó en 1966 y significó la ruptura de Goytisolo con la tradición de realismo social y comienzo del experimentalismo literario, crítica directa, desmitificación de la ideología franquista y tratamiento de los temas de la búsqueda, alienación y desgarramiento identitarios. En esta selección temática de su obra, la influencia clave tenía su exilio a Francia, que se convirtió en la palabra denominadora de la «Trilogía de Álvaro Mendiola», porque potenció la separación y desarraigo de su identidad española, como lo dijo propio autor (Goytisolo 1977: 291–305). Hablando del tema de exilio en la vida y obra de Goytisolo, hay que destacar que no se trata únicamente de abandono de la patria y su ideología actual, sino también de la desmitificación del campo de los símbolos, creencias y valores que impulsaron su identificación primordial (Black 2001: 27, 32). La labor desmitificadora es presente a lo largo de su obra, desde la novela *Señas de identidad*, que implica el análisis detallado de la identidad española y franquista durante la posguerra y luego la liberación de la misma, al demostrarse ilusoria y represiva. Cabe señalar que la liberación identitaria de su protagonista, Álvaro Mendiola, es el resultado de la crítica sistemática de franquismo, que Goytisolo (1995: 234–235) describe como una ideología que revive el mito de la España eterna de los Reyes católicos: racista, homogénea y singular, exclusiva en cuanto a la etnicidad y religión. Por lo tanto, parece oportuno analizar su novela como una mirada crítica a la imposición de una identidad singular por parte de franquismo.

La novela sigue el recorrido retrospectivo de la vida de Álvaro Mendiola, que regresa a España, a su casa natal en Barcelona, después de los años pasados en exilio en París, que le causa una crisis de identidad, seguida por el deseo de suicidarse y sufrir un ataque de corazón. Su regreso está motivado por el

intento de establecer un equilibrio en su vida buscando las señas que formaron su identidad primordial, a través de los recuerdos de la niñez y adolescencia. Sin embargo, este intento de constituirse de nuevo parece inútil puesto que en cada aspecto del recorrido identitario a través del pasado, Álvaro se da cuenta de su alejamiento y diferencia, llegando a entender que su identidad se desarraigaba lentamente de todo lo que le constituía desde el niño (Veljovic 2014: 209). Más aún, al recorrer los recuerdos infantiles y despertar los años pasados en Barcelona durante y después de la Guerra civil, Álvaro revela que cada seña de su vida fue impregnada de violencia. En su análisis sobre la novelística de Goytisolo, Lázaro (1984: 191) destaca que se trata de un personaje que en su búsqueda de la identidad primaria reveló la violencia en un marco espacial y temporal en que pudo enraizarse. Estos recuerdos encontramos entrecruzados con las vidas de otros que tejieron su identidad con sus historias de castigados por la ideología imperante. Se trata de los siguientes recuerdos: 1. la pérdida de miembros de su familia: padre y tío Lucas, fusilados por el comportamiento excesivo, y el rapto de su primo Sergio 2. el exilio interior de su amigo Antonio; 3. el sufrimiento de un sinnúmero de los españoles desconocidos que siguieron viviendo en la España de Franco.

En una de las líneas narrativas de la novela, perteneciente al año 1958, cuando cinco años antes del presente narrativo intentaba rodar un documental en España franquista para registrar la dureza de la vida bajo dictadura, Álvaro recuerda la historia del fusilamiento de su padre en la provincia de Yeste en 1936⁶, pocos días antes del comienzo de la Guerra civil. Es así como nos encontramos con la primera pérdida familiar y un hueco identitario enorme causado por la ausencia de su padre y por el descubrimiento de su muerte violenta. La falta de la identificación con el padre se repite a lo largo del recorrido identitario de Álvaro, y se puede entender como la clave de la separación de la identidad española nacional y de su trauma identitaria. En lugar de la identificación genealógica en la memoria de Álvaro, hay un vacío llenado de terror al imaginar la muerte de su padre: «Ahora vuestra comunión se reduce a este segundo estricto e irremplazable. Con la larga boca de los fusiles delante de ti tratas en vano de apresar el tiempo. Bruscamente sonó la descarga» (Goytisolo 2011: 182). Al terminarse el recuerdo de su padre, Álvaro recrea la cadena de muertos en Yeste, e imaginando sus últimos momentos agonizantes, concluye: «La violencia engendra nueva violencia, las imágenes brutales se cruzan...» (Goytisolo 2011: 176). Estas imágenes angustiosas están yuxtapuestas a la descripción de la muerte de un toro atormentado durante la corrida de toros a la que Álvaro acude. Al yuxtaponer estas dos visiones violentas, una del pueblo y otra del toro, Goytisolo parece establecer una relación metafórica entre ambos, con el fin de alcanzar una imagen más completa de la violencia no solo institucionalizada sino también interiorizada en el cuerpo nacional.

6 El 29 de mayo de 1936, pocos días antes de estallar la Guerra Civil española, se produjo una masacre de campesinos a manos de la Guardia Civil en la población Yeste, en Albacete. Lo que sucedió durante ese día, muchos interpretan como introducción a los horrores de la guerra civil. Goytisolo también escribe sobre este suceso, silenciado por los oficiales de posguerra, en 1981 en su columna en el diario *El País*, con el título «Las cruces de Yeste».

La narración sigue con los recuerdos de sus familiares Lucas y Sergio, y se entrelaza con la confiscación de material documental rodeado de Álvaro por parte de un Guardia civil. La narración del pasado reciente (1958) y el recuerdo del fusilamiento de Lucas y raptó de Sergio por parte de los falangistas (1936) se entrecruzan para subrayar la continuidad de la violencia de la guerra en la forma de sumisión de la sociedad y control de cada individuo que escapa de sus moldes. Así Álvaro se da cuenta de nuevo de que su identidad nacional no es suficiente para sentirse como español, sino que será despedido como extranjero y acusado de enemigo por cualquier intento de oposición al régimen vigente. Después de todo concluirá: «tu vida no podía ser otra cosa (lo supiste luego) que un lento y difícil camino de ruptura y desposesión» (Goytisolo 2011: 87).

El continuo intento de Álvaro a entenderse a sí mismo y analizar su identidad le lleva a encontrarse en el mosaico compuesto de las vidas de sus amigos que se quedaron en España después de la guerra en los últimos intentos de recuperar la libertad del país, como Antonio, y también en las vidas de la gente desconocida que vivía en España franquista y cuyas biografías y testimonios Álvaro recopilaba para el documental planeado. El capítulo siete consiste en la lectura de estos testimonios, intercalados en la narración del protagonista en estilo directo libre, cediendo su voz a las víctimas. Cada testimonio es una prueba del sufrimiento, castigos y tratos inhumanos y dolientes para crear una denuncia pública y total del franquismo, hecha por parte de Álvaro. Por otro lado, los segmentos narrativos de Álvaro están repletos de imágenes irónicas de la España franquista despreocupada y agradecida por la ola turística y «transfusión de dólares» para designar la modernización aparente y oficial debajo de la cual se encuentra la realidad oscura, áspera y sumisa de las víctimas calladas del régimen calladas:

(...) había un oscuro cauce de sufrimiento, un mar inmenso y sin fondo adonde jamás llegaba ni llegaría rayo de luz alguno; la vida descalza, manivacia y rota de millones y millones de paisanos frustrados en su propia y personal esencia, relegados, humillados, vendidos; (...) Sumidero de injusticias, ofensas, enfermedades, muerte, su dolor destilado gota a gota en toscó y soterrado alambique (...) (Goytisolo 2011: 390–391)

Esta contradicción de la vida oficial y vida real del pueblo es una paradoja de la violencia que se adentra e invade la realidad a través de los discursos oficiales, aumentando su crueldad por el trato irrespetuoso de los individuos que no comparten su ideología.

A lo largo del capítulo cuatro, Álvaro hace un examen de conciencia sintiéndose culpable por dejar la patria a diferencia de sus amigos que se quedaron sufriendo sanciones políticas y sociales y «pagando con su cuerpo el precio que por indiferencia o cobardía» él evitó pagar (Goytisolo 2011: 187). Uno de ellos es Antonio, que después del encarcelamiento estaba confinado a la vida en una provincia ideológicamente monolítica donde cada día sufría por la incompreensión, ostracismo y vigilancia, siendo al final silenciado en su exilio interior como muchos otros. La culpa por la ausencia del activismo oponente también

constituye la identidad de Álvaro que por el remordimiento revive la memoria de la angustiada vida de Antonio, complementándola con la imaginación. Sus reflexiones están entrecortadas por los informes policíacos y diarios de vigilancia de Antonio, que de nuevo nos descubren la violencia sigilosa y totalizante de España de Franco. Estas líneas de narración son interrumpidas por los pensamientos suicidas de Álvaro, que de nuevo revelan el impacto de la atmósfera turbia y alienadora de la posguerra cuyo efecto violento sobrepasaba las fronteras, llegando a colmar los mundos interiores de todas sus víctimas. Epps (1996: 39) señala que alienación primordial es lo que causa la trauma del protagonista de Goytisolo, conduciéndolo a la agresión y actos violentos en contra de sí mismo. Esto parece ampliar el concepto de la identidad asesina propuesta por Maalouf, puesto que así se abarca incluso la autoagresión, a causa de la pérdida del derecho a la patria, pagando así el precio por faltar en la participación de la identidad singular regularizada por los aparatos de estado.

* * *

Para terminar, bastaría recalcar que tanto Martín-Santos como Goytisolo usaron la imagería mecanicista para representar una sociedad hasta tal punto inmersa en el trato represivo que no consigue vislumbrarlo, precisamente tal y como está representado Pedro en la cárcel o al final de la novela cuando concluye: «Es un tiempo de silencio. La mejor máquina eficaz es la que no hace ruido» (Martín-Santos 1985: 292). Álvaro concluirá también que:

La vida no cambiaría nunca, la mano firme de un prudentísimo piloto ponía la nave a salvo cualquier imprevisible contingencia. (...) podían dormir tranquilos, caminar dormidos, soñar caminando, vivir en sueños, engranajes felices de una maquinaria sin fallo, inmortales como el orden que velaba la simetría exacta y repetida de sus gestos... (Goytisolo 2011: 301)

Además de estas asociaciones mecanicistas, ambos autores se apoyaron en la metáfora de la enfermedad al tratar el problema de las identidades subyugadas, y parece que la repetición de esta metáfora en las dos novelas contribuye a la comprensión profunda de niveles de penetración de la violencia, temor y vigilancia en la identidad española concebida durante el franquismo. Se trata de un mal sistemático que restringió incluso la esperanza del bien, por lo que el protagonista de Goytisolo se pregunta: «Enfermos todos de un mal incurable, frustrados todos, todos mutilados. (...) Triste pueblo, patria triste ¿qué psicoanálisis puede recobrarte?» (Goytisolo 2011: 255). Como respuesta a esta pregunta del protagonista de Goytisolo, parece oportuno realzar la resignación final de Pedro, transfigurada en el martirio silencioso de San Lorenzo:

«a ese sanlorenzo a ése que soy yo, a ese sanlorenzo, Lorenzo que me des la vuelta que ya estoy tostado por este lado, como las sardinas, Lorenzo, como sardinitas pobres, humildes, ya me he tostado (...) sanlorenzo era un macho, no gritaba, no gritaba, estaba en silencio mientras lo tostaban torquemadas paganos...» (Martín-Santos 1985: 295)

Parece que con estas reflexiones de ambos protagonistas uno puede quedarse ensimismado y en su silencio llegar a hacer una lectura de la herencia del humanismo occidental entero, como un escenario de conflictos sangrientos o historia de terror disfrazados del razonamiento de diferentes ideologías, que siempre tendían a esculpir los hombres y sus identidades.

Referencias bibliográficas

- Abella 2004: R. Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil: la España republicana*, Barcelona: Planeta.
- Abellán 2008: H. L. Abeljan, *Istorija španske misli: od Seneke do danas*, Sremski Karlovci, Novi Sad: Izdavačka knjižarnica Zorana Stojanovića.
- Althusser 2003: L. Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires: Nueva visión, 23–29.
- Asunción Gómez 2016: M. Asunción Gómez, Parodia de la visión organicista de la nación en *Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos, *Nueva revista de filología hispánica*, No. 59, 135–149.
- Bajo Álvarez, Pecharrromán 2003: F. Baho Alvares, H. Hil Pečeroman, *Istorija Španije*, Beograd: Klio.
- Bayar 2009: Ž.-F. Bajar, Imaginario u identitetskoj funkciji, en: K. Halpern, Ž.-K. Ruano-Borbalan (eds.), *Identitet(i). Pojedinač, grupa, društvo*, Beograd: Clio, 384–390.
- Black 2001: S. Black, *Juan Goytisolo and the Politics of Contagion*, Liverpool: Liverpool University Press.
- Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas, Zavala 2000: C. Blanco Aguinaga, J. Rodríguez Puértolas, I. Zavala, *Historia social de la literatura española*, Madrid: Akal.
- Cabo Romero 2008: F. Cabo Romero, El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras, *Ayer: La extrema derecha en la España contemporánea*, No. 71, 117–151.
- Epps 1996: B. Epps, *Significant Violence: Oppression and Resistance in the narratives of Juan Goytisolo*, Oxford: Clarendon Press; New York: Oxford University Press.
- García 2009: H. García, Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura en España nacional, *Ayer: Retaguardia y cultura de guerra*, No. 76, 143–176.
- Goytisolo 1977: J. Goytisolo, *Disidencias*, Barcelona: Seix Barral.
- Goytisolo 1995: J. Goytisolo, *El bosque de las letras*, Madrid: Alfaguara.
- Goytisolo 2011: J. Goytisolo, *Señas de identidad*, en: Trilogía de Álvaro Mendiola, Barcelona: RBA Libros, 37–436.
- Guillermo, Hernández 1971: E. Guillermo, J. A. Hernández, *Novelística española de los sesenta*, New York: Eliseo Torres & Sons.
- Hall 2011: S. Hall, Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?, en: S. Hall, P. de Gay (eds.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu, 13–37.
- Halpern 2009: K. Halpern, Treba li prestat i da se govori o identitetu?, en: K. Halpern, Ž.-K. Ruano-Borbalan (eds.), *Identitet(i). Pojedinač, grupa, društvo*, Beograd: Clio, 17–27.

- Karanović 2015: V. Karanović, Društvena subverzija, (auto)censura i posledice Španskog građanskog rata u romanima *Košnica* Kamila Hosea Sele i *Vreme tišine* Luisa Martín-Santosa, en: D. Bošković (ed.), *Srpski jezik, književnost, umetnost: Rat i književnost*, vol. 2, Kragujevac: FILUM, 375–386.
- Knutson 1998: D. Knutson, Mechanized Imagery in *Tiempo de silencio*, *Hispania*, No. 81/ 2, 278–286.
- Lázaro 1984: J. Lázaro, *La novelística de Juan Goytisolo*, Madrid: Alhambra.
- Maalouf 2012: A. Maalouf, *Identidades asesinas*, Madrid: Alianza Editorial.
- Marc 2009: E. Mark, Identitetska izgradnja pojedinca, en: K. Halpern, Ž.-K. Ruano-Borbalan (eds.), *Identitet(i). Pojedinac, grupa, društvo*, Beograd: Clío, 41–50.
- Martín-Santos 1985: L. Martín-Santos, *Tiempo de silencio*, Barcelona: Seix Barral.
- Merleau-Ponty 1986: M. Merlo-Ponti, *Humanijam i teror. Esej o komunističkom problemu*, Beograd: Mladost.
- Monleón 1995: J. B. Monleón, El largo camino de la transición, en: J. B. Monleón (ed.), *Del franquismo a la posmodernidad: cultura Española 1975-1990*, Torrejón de Ardoz: Akal, 5-17.
- Nancy 2000: J. L. Nancy, *Being singular plural*, Stanford: Stanford University Press.
- Pastor 2012: A. Pastor, *La representación de la masculinidad y la violencia de género en la novela española de posguerra*, tesis doctoral de FIU, 165–193.
- Ricoeur 1998: P. Ricoeur, Violence and Language, *Journal of French and Francophone Philosophy*, V. 10, No. 2, 32–41. <<http://www.jffp.org/ojs/index.php/jffp/article/view/410>>
- Rodríguez Cacho 2009: L. Rodríguez Cacho, *Manual de historia de la literatura española. 2, Siglos XVIII al XX: hasta 1975*, Madrid: Castalia.
- Román y Ponce 2005: R. Román, E. Ponce, Cuerpos, mutilaciones y cicatrices en *Tiempo de silencio*. Censura en la posguerra española, *Lucero: Guerra, fronteras y exilio*, vol. 16, 99–119.
- Santos Villanueva 1994: S. Sanz Villanueva, *Historia de la literatura española. El siglo XX: literatura actual*, Barcelona: Ariel, 12-49.
- Santos Villanueva, Sobejano 1999: S. Sanz Villanueva, G. Sobejano, Los años sesenta: de la renovación a la experimentación, en: S. Sanz Villanueva (ed.), *Historia y crítica de la literatura española*, al cuidado de F. Rico, 8/1, Epoca contemporánea, (1939-1975), Barcelona: Critica, 526-534.
- Santos Villanueva 2010: S. Sanz Villanueva, *La novela española durante el franquismo*, Madrid: Gredos.
- Sen 2007: A. Sen, *La identidad y violencia. La ilusión del destino*, Buenos Aires: Katz Editores.
- Sevillano Calero 2003: F. Sevillano Calero, Consenso y violencia en el ‘nuevo estado’ franquista: historia de actitudes cotidianas, *Historia social*, No. 46, 159–171.
- Sobejano 2005: G. Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid: Mare Nostrum.
- Veljović 2014: J. Veljović, La constitución de la identidad marginada en la novela *Señas de identidad* de Juan Goytisolo, *Verba hispánica*, No. 22, 197–212.
- Viestenz 2014: W. Viestenz, *By the Grace of God: Francoist Spain and the Sacred Roots of Political Imagination*, Toronto: University of Toronto Press.
- Žižek 1989: S. Žižek, *The Sublime Object of Ideology*, London, New York, Verso.

Jelica A. Veljović

**SINGULAR IDENTITY AND FORCED BODIES
IN THE SPANISH POST-WAR LITERATURE:
TIME OF SILENCE AND MARKS OF IDENTITY**

Summary

The main objective of the present article is to analyse the phenomenon of identity through the protagonists of some of the most famous novels of the Spanish post-war literature: *The Time of Silence* by Luis Martín-Santos and *The Marks of Identity* by Juan Goytisolo. The analysis of identity of these protagonists will part from the poststructuralist perspective that stands for the concept of identity which is symbolic and social construct. With this presumption it will be shown that identity is directed and constructed by the mechanisms of the Franco's dictatorship that is based on the institutionalized identity. In this way, the present analysis will demonstrate how the writers of the post-Civil-war era created their protagonists as the reflections of the mechanisms, behaviours and discourse that were violent in their roots, which brings them close to the concept of «homicidal identities» created by Asan Maalouf. The so-called «homicidal identities» relate to the political and social conflicts, ethical destitution, divisions based on ideological differences and the social hierarchy that implies misunderstanding, silence and legitimate terror.

Keywords: post-war novel, identity, violence, homicidal identity, singular identity, body

Recibido: el 11 de abril de 2020

Aceptado: el 30 de abril de 2020